

VIAJES
Amado Moreno

Cuba, en el ocaso de Fidel

IMPRESIONES ■ Una isla mágica anclada en su idiosincrasia y régimen político ■ El visitante jamás ha visto tanto policía por metro cuadrado, y constata a la vez las penurias de una población necesitada

“Cuba es Cuba, es Cuba”. Graham Greene adjudica esta expresión a uno de los personajes en su novela *Nuestro hombre en La Habana*, donde su talento literario convierte al protagonista, un vendedor de aspiradoras, en agente del servicio secreto británico. La frase, aunque inspirada en la Cuba prerrevolucionaria, no ha perdido ni un ápice de vigencia. Proyecta la idiosincrasia de un pueblo difícilmente reproducible en otro lugar. Décadas después, el paisaje urbano y humano de La Habana parece intacto en su decadencia. Abundan las casas desconchadas, con ventanas y puertas desvencijadas en la parte vieja de una capital que alberga casi tres millones de habitantes. Tan deterioradas se revelan sus viviendas en muchos casos que parece imposible sirvan de cobijo a una familia.

Gran parte del parque automovilístico sigue exhibiendo modelos de los años 49 y 50. Vetustos Chevrolet, Ford, Mercury, Pontiac, Crysler, todos ellos norteamericanos, alternan con “Ladas” rusos y viejas motos de dos tiempos, algunas de ellas con sidecar. Los modernos diseños de Mercedes, Peugeot u otras marcas europeas son minoría. Se reservan para taxis a las puertas de hoteles históricos como el Nacional y el Habana Libre. Los siniestros de tráfico provocan tanta mortalidad como el cáncer o las enfermedades cardiovasculares, con el agravante de que muchos conductores circulan sin seguro de accidente. El alejamiento de Fidel Castro de la presidencia por su enfermedad parece no haber alterado el ritmo ciudadano. Los leales al presidente aseguran que se recupera con rapidez y que retomará pronto las riendas del poder. Otros, distantes de fidelidades inquebrantables, son pesimistas y consideran que la enfermedad es más grave de lo que se dice oficialmente; cuestionan la prolongada supervivencia que devotos del régimen auguran al dirigente.

Unos días de vacaciones durante este mes de octubre en la isla caribeña, repartidos entre La Habana y Varadero, han permitido captar estas y otras impresiones, sin ánimo de análisis riguroso de la realidad cubana. A los ojos del visitante desprovisto de prejuicios ideológicos se presentan de modo impactante tres hechos irrefutables. En primer lugar, la pobreza mayúscula de un segmento amplio de la población, sujeta al racionamiento de alimentos básicos. Agradece con elocuencia afectuosa las generosas dádivas crematísticas y artículos que le proporcione el turista (prendas, cerillas, bolígrafos, champú, etc.), conmovido al ser informado de que el salario de un médico, por ejemplo, no supera los 25 euros al cambio, y el de un maestro es inferior a los 20.

En segundo lugar resalta el control y vigilancia de policías de uniforme por casi todas las esquinas y accesos; a ellos hay que sumar los agentes “invisibles”, que podrían ser el doble. Al respecto cobra actualidad una anécdota evocada por Jorge Edwards, Premio Cervantes, encargado por Allende de la apertura de la embajada chilena en La Habana, durante los años 70. Cuenta que era muy amigo del poeta Enrique Lihn: “Me invitó a su casa, a una fiesta, y cuando quise hacer algún comentario, me llevó a un lugar discreto”. -Habla bajo, -me recomendó. -¡Pero si esto es una fiesta en tu casa!, -le respondí. -¡La policía se mete en todo!, -me replicó”. El recordatorio hoy es oportuno. No parece que la cosa haya cambiado en ese apartado. Ello explicaría que por muy desenfadado que sea el tono de la pregunta sobre la realidad cubana, no resulte fácil encontrar nativos en la Isla -justamente calificada de mágica por sus admiradores-,



DICTADURA ■ La ausencia de periódicos (sólo se venden los panfletos “Granma” y “Juventud Rebelde”), certifica la falta de libertad

CAMBIOS ■ La enfermedad de Fidel no ha alterado el ritmo de la ciudadanía, que espera por reformas, pero no al dictado de EE UU



Arriba, una imagen habitual de La Habana vieja, tomada en la primera semana de octubre. Debajo, la concurrida y céntrica calle Obispo, con un policía pidiendo la identificación de una joven. | A.M.

dispuestos a asumir abiertamente y en voz alta el fracaso del sistema. En una actitud de clara desconfianza cuando se aborda la cuestión política, admiten a lo sumo la necesidad de reformas; son indulgentes con el régimen, y condicionan la llegada de cambios, -“si tienen que venir”,- a que permanezcan subordinados al criterio de los propios cubanos y sus intereses, y no de EE UU.

El otro hecho que produce cuando menos

la hilaridad del visitante es la ausencia de quioscos o puntos de venta de prensa nacional o extranjera; sólo pueden adquirirse “Granma” y “Juventud Rebelde”, panfletos del régimen que ofrecen vendedores ambulantes delante del edificio del Capitolio, junto al mercadillo callejero, próximo a la Catedral, o bien en la plaza de la Revolución. “Recibe Almeida al canciller de Azerbaiyán”, “Presidente del Gobierno ruso considera muy acti-



De izquierda a derecha, el espectáculo de Tropicana, María Elena Peña con otros artistas en “Dos Gardenias”, todos especializados en boleros, y el grupo Géiser en El Floridita de La Habana. | A.M.

vos los vínculos con Cuba”, “Felicitó Fidel a la Universidad de Ciencias Informáticas”, eran los tres “telegramas” que dominaban la portada de “Granma” en una de las fechas. Por su parte, “Juventud Rebelde” ejercía una crítica a ciertos vicios instalados en la sociedad cubana; en una doble página, bajo el título “La vieja gran estafa”, recogía que “servicios estatales son usados para lucro personal por insensibles que alteran precios y normas de los productos, traspasando falazmente la frontera entre lo estatal y lo privado”. Las estafas aluden en concreto al despacho fraudulento de cerveza, ventas de queso y pan, y al transporte del taxi.

La propaganda oficial no cesa de achacar a EE UU y a Bush los males de la situación, por el bloqueo y embargo económico, asunto que debatirá la ONU, de nuevo, en noviembre.

La Habana sostiene que en el marco de esa política, endurecida por la administración Bush, ha habido una disminución del 54 por ciento en los viajes de familiares de cubanos residentes en EE UU a Cuba; en 2003 lo hicieron 115.000, y el año pasado 62.000, de la misma manera que se redujo la entrada de norteamericanos: de 85.000 recibidos en 2003, se ha pasado a 62.000 el pasado año.

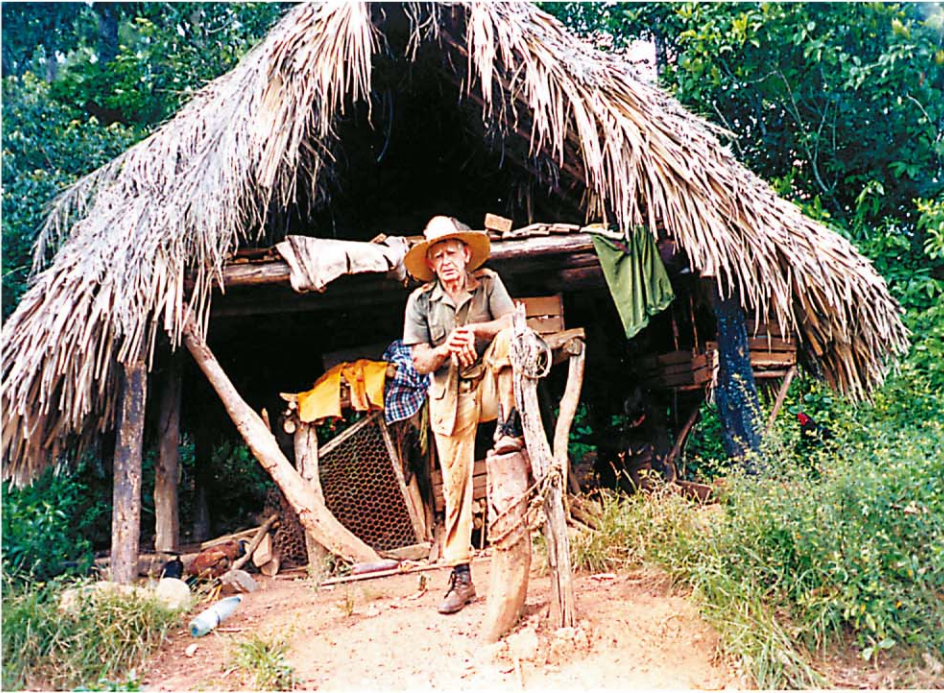
También es previsible que a partir de ahora descienda la cifra de españoles. Tras pasar a manos estadounidenses la mayoría de Pulmantur, los nuevos dueños del turoperador han suspendido todas las escalas de sus aviones y sus cruceros en Cuba. La medida implica la posible pérdida de 700.000 turistas que eligieron en el último año las ofertas de este agente para conocer la Isla caribeña, y la eliminación de unos 600 empleos directos de jóvenes cubanos que trabajaban a bordo de los cruceros, a los que se deducía en torno al 40 por ciento de su salario para las arcas del gobierno cubano. El cese de la actividad de Pulmantur es una vuelta de tuerca más del embargo estadounidense, en un momento en que el turismo ha sucedido al tabaco y a la caña de azúcar como panacea de la economía de la Isla, receptora de unos cuatro millones de visitantes al año.

Lejos de amainar, la hostilidad con el inquilino de la Casa Blanca se recrudece y manifiesta no sólo en los medios de comunicación del régimen. Se aprecia igualmente en las calles y rutas del interior. “El Plan Bush: les quitaron el beso de la mañana, el apretón a la salida de la escuela y la mirada pícará de siempre. Gracias, ya vivimos en Cuba Libre”, puede leerse en un mural gigante, ilustrado en la ciudad habanera con la silueta de varios niños en edad escolar.

Pero la precariedad de sus condiciones de vida y falta de libertad no merman la capacidad de los cubanos para enfrentar con ánimo cada día sus penurias. La música y el canto palian sus amarguras materiales. En cualquier garito o rincón al aire libre improvisan un recital con guitarra y maracas.

“Cuba se considera un país del tercer mundo por el escaso desarrollo industrial, pero en el ámbito de la educación y la sanidad se halla en el nivel del primer mundo”, dice una joven nativa, empleada como guía turística.

Pasa a la página siguiente



Berto, un guajiro de 75 años, feliz delante de un cobertizo donde guarda los aperos de labranza. | A.M.



Paisaje bucólico del Valle de Viñales. Un auténtico paraíso natural en estado puro. | A.M.



Familia cubana, en triciclo. | A.M.

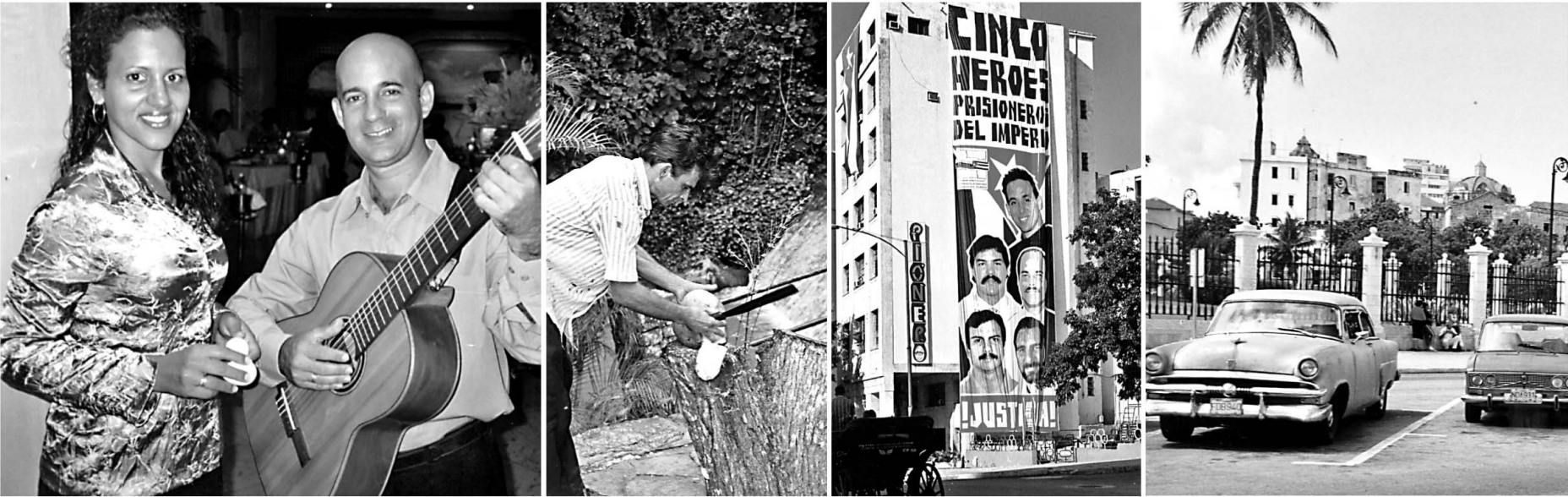


El local de Hemingway en Habana. | A.M.



Playa del hotel Sol Palmeras, en Varadero, construido por el empresario canario Enrique Martínón e inaugurado por Fidel Castro. | A.M.

VIAJES



De izquierda a derecha, Yanexis y José Luis, una pareja musical cubana con futuro; corte de coco, junto a la Cueva del Indio; recuerdo de cubanos detenidos en EE UU, y estacionamiento de coches. | A.M.

Viene de la página anterior

El obelisco de la Plaza de la Revolución es la torre mirador más alta de La Habana, con un museo en su base dedicado al héroe de la independencia José Martí. “Detrás hay una construcción casi escondida, de la que apenas se ve un ala: es el palacio de Gobierno con las oficinas de Fidel”, alerta un viandante, presto, con la proverbial amabilidad y hospitalidad del pueblo cubano, a servir de “cicerone” por la capital, guiando al forastero por los cuatro o cinco puntos aconsejables para hacer una escala: el Malecón, paseo marítimo de confluencia de los habaneros, el Museo de la Revolución, el Capitolio, la calle Obispo, céntrica arteria peatonal, los clásicos bares-restaurantes immortalizados por Ernest Hemingway, El Floridita y la Bodeguita del Medio –donde hay que degustar los clásicos daiquiri o mojito–, el mercadillo callejero y la Catedral con su acogedora plaza, donde personajes de la santería te leen el futuro. El templo está bajo la advocación de la patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad del Cobre. Algunos fieles se detendrían estos días ante un cartel en su acceso, destinado a los jóvenes: “Antes del matrimonio, virginidad; después, fidelidad. Son las vías más seguras para evitar el sida”, rezaba.

En el conjunto del casco histórico de La Habana, declarado Patrimonio de la Humanidad, sobresalen por sus bellas líneas arquitectónicas y buen estado de conservación los singulares edificios auspiciados por las comunidades asturiana y gallega, hoy convertidos en museos de Bellas Artes y Teatro.

La temperatura en los comienzos de este mes de octubre llegó a superar los 33 grados en la capital cubana, provocando enormes colas ante Copelia, puesto de una marca típica de helados, en las inmediaciones del hotel Habana Libre, en Vedado, nombre de este barrio moderno que data del siglo XVI; se prohibió entonces construir casas en la zona para que no impidieran avistar los barcos piratas. Desde cualquier habitación de una de las plantas altas del Habana Libre se divisa una extraordinaria panorámica de la ciudad, con sus amaneceres y atardeceres inolvidables. El hotel, de cinco estrellas, fue inaugurado el 19 de marzo de 1958. Tras su entrada en La Habana el 8 de enero de 1959, Fidel lo convirtió en su cuartel general. Perteneciente a la cadena Hilton en sus inicios, se construyó en tres años con un presupuesto de 21 millones de dólares. Tiene 25 plantas y 127 metros de altura. En su momento fue el edificio más alto de América Latina. Entre sus huéspedes ha tenido a Salvador Allende, Bobby Fisher, Valentina Tereshkova, Jane Fonda y Ted Turner, entre otros. Sin embargo, el hotel más prestigioso de La Habana es el Nacional, que ofrece además un espectáculo de cabaré en su sala Parisien más audaz que el famoso Tropicana, aunque el marco natural de éste y la exhibición de más de un centenar de bailarines lo convierten en cita obligada de una noche habanera, al igual que una audición de los mejores boleros en el “Dos Gardenias”, local muy querido por el escritor Gabriel García Márquez cuando aterrizó en Cuba.



La sede de la Asociación Canaria en La Habana, con la bandera de las Islas en la fachada. | A.M.



Participantes en el concurso Tomás Morales, junto a Carmelo González (i), presidente de la Asociación Canaria.

Los desplazamientos al Valle de Viñales, situado a menos de 200 kilómetros de La Habana, y a la zona turística de Varadero, acaban por cautivar al turista, deslumbrado por el intenso verdor de una vegetación exuberante y salvaje a ambos lados de la carretera. Antes de lle-

gar a Viñales conviene parar en Pinar del Río para apreciar la artesanía del tabaco; no en vano se produce aquí el 60% del que exporta Cuba. Alejandro Robaina, el único patriarca superviviente del sector, aún recuerda que fueron canarios los que introdujeron el cultivo.

Una fábrica de cultura

La Asociación Canaria de Cuba se dispone a celebrar en 2007 su XV aniversario. Se creó el 16 de junio de 1992. Carmelo González Acosta, nacido en 1935 en la capital grancanaria, es su presidente. Se siente cubano, además de canario. No en vano lleva 56 años en Cuba, adonde llegó con 16. Se casó con una cubana que le dio dos hijos. La Asociación, que cuenta con 45.000 socios repartidos por toda la Isla, principalmente por La Habana, Sancti Spiritus y el Ciego de Ávila, mantiene su sede central en la calle Montserrat de la capital. Es un edificio singular de dos plantas, de color rojizo, que destaca sobre el resto, frente a las oficinas de ron Bacardí. “Somos una fábrica de cultura”, afirma con ilusión juvenil y orgullo Carmelo González Acosta. Presume de que esta asociación promueve constantes ciclos culturales, concursos de calados, competiciones de deportes autóctonos de Canarias y certámenes literarios. En septiembre tuvo el concurso de poesía Pedro Lezcano, y el año próximo dedicará otro a Tomás Morales. Cada una de las dependencias recibe el nombre de una de las siete islas del Archipiélago, luciendo fotografías y bustos de destacadas figuras como Viera y Clavijo, Pérez Galdós o César Manrique, entre otros. La cantina luce los colores y escudos de la UD Las Palmas y el CD Tenerife, así como instantáneas de deportistas canarios. La asociación extiende sus actividades al área social, prestando atención a los mayores, con programas de tareas disciplinadas a fin de prevenir el Alzheimer.